

Domingo IV del tiempo ordinario. Lc 4, 21-30

"El amor es paciente, es servicial; el amor no es envidioso, no hace alarde, no se envanece, no procede con baja, no busca su propio interés, no se irrita, no tiene en cuenta el mal recibido, no se alegra de la injusticia, sino que se regocija con la verdad" (1 Co 13, 4-6).

La vocación más profunda de la persona es amar; ir al encuentro del otro, buscando siempre su bien. Quien ama ha recibido un don de Dios.

En la medida que nos dejamos llevar por la envidia, la soberbia, el egoísmo, la ira, el resentimiento... estamos esclavos de nosotros mismos y del pecado. El mal espíritu nos ha encadenado y estamos en el hábitat de la muerte.



Cuando nos dejamos alcanzar por la misericordia de Dios, todos los sentimientos negativos que hipotecan nuestra vida, los podemos erradicar. Cristo perdona todo y nos ofrece la libertad.

En forma permanente Dios está viniendo a nuestro encuentro, para que también podamos acoger al otro como hermano. Es nuestra decisión el aceptar o rechazar la amistad de Cristo y su modo de vida.

*Naamán, que estaba leproso al principio no quiere escuchar; quienes le acompañaban le ayudaron para dejarse sanar..."**También había muchos leprosos en Israel, en el tiempo del profeta Eliseo, pero ninguno de ellos fue curado, sino Naamán, el sirio**»" (Lc 4,27).*

Dios nos regala su Vida Nueva, hace falta que renunciemos explícitamente a aquello que nos aparta de su amor.

¡Jesús, sana mi corazón y enséñame a amar!

¿Quiero vivir la amistad con Cristo y en su libertad?

En unión de oraciones

Hno. Javier Lázaro sc